

durante un cuarto de hora, ó mas, despues del incidente que se ha referido al fin del capítulo anterior, reinó el mayor silencio en torno del pabellon de Ricardo. El rey leia y meditaba á la puerta; detras y con la espalda

CAPITULO VII.

8.

vuelta á la entrada, estaba el esclavo nubiano ocupado todavía en bruñir el ancho paves de su dueño. Enfrente, y á cien pasos de distancia se veían los alabarderos de la guardia, sentados ó extendidos por el suelo, jugando ó conversando en voz baja, y procurando no turbar la quietud de su soberano. En la explanada que mediaba entre ellos, y la puerta de la real habitacion, yacía el marabut, inmóvil como un haz de leña.

Pero el Nubiano se servía del paves como de un espejo, con cuyo auxilio podía descubrir fácilmente todo lo que pasaba por afuera, y en su bruñida superficie observó, no sin extrañeza é inquietud, que el marabut alzaba cautamente la cabeza, como para examinar el sitio, con apariencias de estar en su sentido, y de abrigar alguna siniestra intencion. Volvió á reclinarsc, como si estuviera seguro de que nadie le observaba, y empezó á arrastrarse lentísimamente hácia la tienda, deteniéndose de cuando en cuando, á guisa de araña que se aproxima á su presa, y queda de pronto inmóvil, y como muerta cuando

ve que ha llamado su atencion. Este movimiento pareció sospechoso al Nubiano, que, sin hacer el menor ruido ni ademan que pudiese ser notado por el rey, se preparó á todo lo que ocurriese, y se puso en actitud de colocarse de un salto, con su acero en la mano, á la puerta del pabellon, y al lado de su dueño.

El marabut al mismo tiempo continuó su maniobra, cada vez con mas precaucion y silencio, como la culebra que se arrastra entre las matas, sin menear ninguna de sus hojas; y cuando estuvo á diez varas de distancia del rey, se puso de pronto en pie, saltó hácia la puerta, con el ímpetu y la ligereza de un tigre, llegó á espaldas del monarca, y blandió sobre su cuello el *cangiar*, ó puñal, que hasta entonces habia tenido oculto en una de las mangas de su vestido. La presencia de todos los tercios del ejército de Inglaterra, no hubiera sido parte á salvar al heroico monarca de aquel inesperado golpe: pero los movimientos del Etiope habian seguido uno á uno á los del asesino, y los habia cal-

culado con tanta puntualidad y exactitud, que antes que pudiera descargar el golpe funesto, le pudo detener el brazo, que habian armado el entusiasmo y el fanatismo. Volviendo entonces toda su rabia contra el que se habia interpuesto entre él y su víctima, el Charegita, que este era en realidad el fingido santón, dió con su puñal un golpe al Nubiano, hiriéndole aunque superficialmente el brazo, lo que no le estervó valerse de la superioridad de su fuerza, y arrojarle al suelo con violencia. Ricardo se levantó de pronto, y con pocas mas señales de sorpresa, de odio, ó de terror, que las que expresaria un hombre cualquiera, al aplastar una abispa importuna, alzó el escaño en que hasta entonces habia estado sentado, y le lanzó á la cabeza del malvado, exclamando tan solo « ¡ Ah perro ! » El golpe partió el cráneo del Charegita, el cual despues de haber pronunciado dos veces en voz alta, aunque interrumpida por el dolor, « Alá ackbar ó Dios es victorioso, » espiró á los pies del monarca.

— Cuidadosos centinelas sois en verdad, dijo Ricardo á sus guardias, los cuales empezaron á levantarse atropelladamente, y á acudir á la tienda del rey, aterrados y confusos, aunque inciertos de lo que habia dado lugar al rumor. Fieles servidores, que dejan á su dueño en las manos de un verdugo. Callad, insensatos, y no me aturdaís con inútiles clamores. ¿Es esta la primera vez que habeis visto un Turco? Andad y quitad de aquí ese perro muerto, y echadle fuera del campamento, cortándole antes la cabeza, y clavándola en una pica con el rostro hácia la Meca, para que pueda mas fácilmente decir al profeta impostor, que sin duda le inspiró su designio, cuan felizmente le ha dado cumplimiento. Y tú, mi celoso y callado amigo, añadió volviéndose hácia el Nubiano, pero.., ¿qué veo? ¿herido estás y con una arma envenenada? Sí: envenenada debia de estar, pues el solo golpe de tan débil mano, no era parte á privar de vida á un leon. Chupad el veneno de la herida uno de vosotros; ese veneno es inocente en la

boca, aunque mortal cuando se mezcla con la sangre.

Los guardias se miraron confusamente unos á otros, sin atreverse á obedecer al rey, pues los que en tantas ocasiones habian arrostrado los mayores peligros, se horrorizaban á la voz veneno, y no daban crédito á las expresiones con que Ricardo queria disipar sus temores.

— ¡Cómo es esto, insensatos! exclamó Ricardo, ¿esos remilgos haceis y tanto miedo teneis á la muerte?

— No tenemos miedo á la muerte, respondió Long Allen, con quien el rey se habia encarado al pronunciar sus últimas palabras: pero en verdad, señor, que los soldados de vuestra magestad no son ratones para morir con arsénico, y sobre todo por salvar la vida á una res de mercado, que se vende y se compra como los bueyes en la feria de mi tierra.

— Vuestra magestad, dijo otro alabardero, habla de chupar ponzoña, como de tragarse una ciruela.

— No, dijo Ricardo; yo nunca dejo hacer á los otros lo que puedo hacer por mí mismo.

Y sin mas ceremonia, y en despecho de las instancias generales de todos los que se hallaban presentes, y de la comedida resistencia del mismo esclavo, el rey de Inglaterra aplicó sus labios á la herida de aquel infeliz, burlándose de los que se lo querian estorbar, y venciendo la oposicion del Etiope. Apenas habia empezado su ocupacion, cuando el Nubiano se apartó respetuosamente, y poniendo una faja sobre el brazo, manifestó con sus gestos, el firme propósito en que estaba de no permitir que el rey continuase tan humilde servicio. Long Allen tambien intervino diciendo que antes que ver renovar al rey una operacion tan impropia de su dignidad estaba pronto á poner á disposicion del negro su lengua, sus labios y sus dientes, y aun á comersele á bocados si era preciso.

Neville, que entró á la sazón en la cámara, se unió con los otros, para oponerse al designio de Ricardo.

— Todo ese clamor es inútil, dijo el rey, puesto que ya está todo concluido, y el riesgo ha pasado. La herida no ha sido mas que un arañó, propio de un gato traidor y medroso. Apenas ha salido sangre, y con tomar yo una dracma de orvietano, no tengo que temer nada, aunque tambien lo juzgo inútil.

Así habló Ricardo, algo avergonzado quizas de su condescendencia, y de una accion que estaba de acuerdo con la humanidad y con la gratitud. Pero, cuando Neville continuó haciendo comentarios sobre los riesgos de la real persona, el rey le impuso silencio, diciéndole:

— Calla Neville, y no se hable mas del asunto. Yo enseñaré á esos necios como se han de ayudar unos á otros, cuando dejen entrar en el campamento dervises asesinos, con puñales envenenados. Lo que importa por ahora es que te lleses ese Nubiano á tus cuarteles. He mudado de opinion acerca de él. Cuídale y atiéndele con esmero, pero no le dejes escapar. Ese hombre es mas de lo

que parece. Déjale libre, pero que no pueda salir del campamento. Y vosotros, mastines ingleses, que solo sabeis comer carne de vaca, y agotar jarros de vino, tened de ahora en adelante alguna mas vigilancia con la persona de vuestro rey. No creais que estais en vuestra tierra, donde los hombres hablan antes de herir, y se dan la mano de amigos antes de pelear. Allí el peligro marcha á cuerpo descubierto, y desafia al enemigo que intenta atacar. Pero aquí lo emplaza con guante de seda, que no con manopla de malla; aquí degüella el asesino con una pluma de palomo; aquí se mata á un hombre con una jaculatoria en los labios, y se ahorca con un cabello. Idos... tened los ojos abiertos y cerrados los labios: bebed menos, y velad mas, ó veréis que pronto os pongo á pan y agua, como los anacoretas del desierto.

Los alabarderos avergonzados y confusos, se retiraron á sus puestos, y Neville empezó á conversar con su amo acerca del riesgo en que acababa de verse, de la negligencia de

los guardias en permitir que un Turco se aproximase á la tienda, y á la persona del rey de Inglaterra, y de la necesidad de hacer un castigo ejemplar, y de tomar las medidas mas severas para que no se repitiese un acaecimiento, cuyas resultas hubieran podido ser tan fatales. No hables de eso, dijo Ricardo interrumpiéndole. ¿Quieres acaso que castigue con mas severidad el riesgo de mi persona que el honor de la bandera de Inglaterra? Esta joya de nuestra patria ha sido robada por un ladron, ó vendida por un traidor infame, y todavía no se ha vertido la sangre del delincuente. Buen Etiope, dijo Ricardo, dirigiéndose al Nubiano, tú sabes explicar grandes misterios, segun la carta del soldan. Si asi es, te ofrezco todo tu peso en oro, con tal que me descubras al perverso, de alma mas negra que tu rostro, cuya mano sacrilega osó profanar los timbres de mi nacion. ¿Qué me dices?

El Nubiano manifestó deseos de hablar, mas solo pudo arrojar un grito imperfecto,

como hacen ordinariamente los mudos en momentos de agitacion ó de impaciencia. Despues cruzó los brazos, y clavó sus miradas en el rey, como dándole á entender que estaba pronto, y era capaz de hacerle el servicio que le demandaba.

— ¡Como! dijo Ricardo con prontitud y alegría. ¿Puedes descubrir al autor del delito?

El Nubiano repitió los mismos movimientos.

— Pero ¿cómo nos hemos de entender uno á otro? preguntó el rey. ¿Sabes escribir, camarada?

El esclavo bajo la cabeza.

— Dad recado de escribir, dijo Ricardo, si acaso los hay en mi tienda, como los habia en la tienda de mi padre, y si acaso el sol no ha secado la tinta. Este hombre es verdaderamente una alhaja, Neville, es un diamante negro.

— Será todo lo que vuestra magestad quiera que sea, repuso el caballero, pero si he de decir lo que siento, yo no me fiaria

de él. Ese hombre es astuto y entendido, y paréceme que solo ha venido aquí para servir de provecho á los infieles, y quizas sembrar zizaña en el trigo, y puede ser tam-

— Basta Neville, dijo Ricardo. No te fi- bien...

gures que estás cazando allá en tus parques de Inglaterra, y que puedes detener tu jauria de podencos, cuando corren en pos de la liebre que han echado. Plantagenet no se detiene cuando ha puesto el pie en el camino que le conduce á la reparacion de su honor ofendido.

El esclavo, que durante toda esta conversacion habia estado escribiendo, con una facilidad que probaba su inteligencia y costumbre en aquel ejercicio, se levantó, y alzando el papel hasta la frente, se postró humildemente ante el rey, antes de entregársele. Lo escrito, estaba en frances, aunque Ricardo habia dirigido siempre la palabra en lengua franca. Su contenido era como signe:

« A Ricardo, el conquistador é invencible

rey de Inglaterra, el mas humilde de sus esclavos. Los misterios son las arcas cerradas de los cielos: pero la sabiduría tiene la llave con que se abren. Si vuestro esclavo pudiera colocarse en un sitio en que viera pasar sucesivamente y en orden, á todos los gefes y caudillos de la hueste cruzada, no dudes que hallándose entre ellos el que hizo agravio á tu pendon glorioso, haria manifiesta su iniquidad, aunque le ocultasen siete veos. »

— Por san Jorge, exclamó el rey, tu oferta viene ahora muy al caso. Neville, ya sabes que en la reseña de mañana, los príncipes han convenido, para lavar la afrenta que Inglaterra ha recibido con el robo de su bandera, en pasar uno despues de otro delante de la nueva, que está ya plantada en el monte de San Jorge, y hacerle la debida reverencia y acatamiento. No es regular, ni yo lo creo, que el traidor enmascarado falte á tan solemne vindicacion, puesto que su ausencia bastaria para hacerle sospechoso. He de colocar junto á mí á este buen consejero,

á si sus artes pueden descubrir al villano, déjalo por mi cuenta que no tendra que arrepentirse.

— Señor, dijo Neville, con la franquesa natural de un baron ingles; tened cuenta con lo que haceis. La concordia de nuestra santa liga va á ser renovada mañana. ¿ Quereis, sin mas motivo que las sospechas que un esclavo negro pueda inspiraros, abrir de nuevo las heridas que aun no estan bastantemente cerradas? La solemnidad de mañana no tiene otro objeto que la reparacion de vuestro honor, y el restablecimiento de la unanimidad entre príncipes discordes. ¿ Iréis á sacar de tan favorables auspicios nuevos motivos de enemistad, de agravios y de rencillas? Eso seria lo mismo que retractar la formal declaracion que vuestra magestad ha hecho en el consejo de los príncipes.

— Neville, dijo el rey, tu celo te alucina, y te hace traspasar la línea de tus obligaciones. Nunca he prometido yo abstenerme de los medios que puedan conducirme al descubrimiento de la mano traidora que

vilipendió el honor de Inglaterra. Antes de haber aventurado tan infame promesa, hubiera renunciado á la corona, y aun á la vida. Todas mis declaraciones, todas mis protestas han supuesto esa indispensable condicion. Solo en el caso en que el Austria hubiera confesado su delito, y pedido perdon, se lo hubiera concedido, porque somos cristianos, y no por otro motivo.

— Pero, señor, continuó el baron, ¿ qué seguridad tiene vuestra magestad para creer que ese hombre no le engaña? ¿ Es otra cosa al cabo que un confidente de Saladino?

— Tú te crees muy entendido, Neville, dijo el rey, y en resumidas cuentas, eres un necio hecho y derecho. Piensa en hacer lo que te he dicho con el esclavo. Tus pobres alcances no bastan á comprender lo que en él se encierra. Y tú, diestro consejero, prepárate á desempeñar la ardua tarea que has tomado á tu cargo, y el rey de Inglaterra te promete, bajo su palabra de honor, el galardón que tú mismo escojas y determines.

Pero mira, Neville, otra vez se pone á escribir.

El mudo escribió en efecto, y entregó al rey, con las mismas formalidades que antes una tira de papel, en que estaban escritas las siguientes palabras: « La voluntad del rey es la ley de su esclavo. El descargo de su pleito homenaje, es el único prez que solicita. »

— ¡ Prez y pleito homenaje ! dijo el rey, interrumpiendo su lectura, y hablando en ingles con Neville ; estos pueblos de Oriente van aprovechándose ya de su frecuente trato con los cruzados : ya van familiarizándose con el lenguaje de la caballería. Observa, Neville, qué turbado y descompuesto parece el pobre Nubiano : si no fuera por su color veríamos en sus mejillas los tintes de la vergüenza. No sería extraño que hubiera entendido todo lo que hemos estado hablando : porque entre ellos hay muchos que saben gran número de lenguas.

— El pobre no puede acostumbrarse á estar tan inmediato á la persona de vuestra

magestad, respondió Neville, y no es otra la causa de su turbacion.

— ¡ Ola ! dijo el rey, que habia continuado leyendo el papel que el Nubiano le habia presentado ¿ Sabes lo que dice ? que viene comisionado de parte de Saladino con un mensaje para lady Edit Plantagenet, y pide permiso y oportunidad de desempeñar su encargo. ¿ Qué piensas tú, Neville, de semejante proposicion ?

— No sé, respondió el baron, qué opinion formará vuestra magestad de la libertad que el soldan se toma : lo que sé decir es que si el esclavo llevase semejante mensaje á Saladino de parte de Ricardo, no daba yo cinco sueldos por su vida.

— Na haya miedo que tal cosa suceda, dijo Ricardo, porque gracias á Dios no apetezco ninguna de las houries que el soldan tiene enmuralladas en su harem : y por lo que hace á castigar á ese desgraciado por querer obedecer las órdenes de su señor, justamente cuando acabo de deberle la vida, es cosa en que debo mirarme muy despacio.

Voy á decirte un secreto, Neville, porque aunque esté presente el Nubiano, y dado caso que nos entienda, carece de los medios de propalarle. Digo, pues, que hace quince dias que estoy como encantado por algun nigromante; y quisiera que me exorcisaran, á ver si acababa con dos mil de á caballo el hechizo. Apenas alguno me hace un servicio importante, me quita la ganas de recompensarle, haciéndome inmediatamente un agravio, que convierte mi gratitud en resentimiento. Al contrario, si otro ha merecido que le dé muerte con mis manos, por alguna traicion ó insulto, seguro es que ese mismo no tardará en serme de gran utilidad y provecho, quitándome las ganas de imponerle el castigo que merece, y obligándome en honor y conciencia á perdonarle, y aun á darle gracias. Ya ves que de este modo estoy privado de la parte mas noble de mis atribuciones reales, puesto que no me es dado ni castigar al que me ofende, ni recompensar al que me sirve. Hasta que pase el maléfico influjo de este planeta, nada diré acerca de la

proposicion que por medio de ese hombre me hace Saladino, sino es que me parece aventurada en demasía, y que lo que puede hacer para mitigar el enojo que semejante negocio debe inspirarme, es que redunde en gloria y provecho mio el descubrimiento que se ha ofrecido á hacer. Entre tanto, Neville, no olvides lo que te he encargado acerca del trato que debes darle; y de camino, dijo estas palabras al oido del baron, busca á ese ermitaño de Engaddi donde quiera que esté, y tráele cuanto antes á mi presencia, sea santo ó diablo, loco ó cuerdo

Neville se retiró del pabellon de Ricardo, haciendo seña al esclavo que le siguiese, y lleno de extrañeza y admiracion por todo lo que habia visto y oido, y especialmente por la conducta que habia observado el rey, tan contraria á sus hábitos y al temple ordinario de su carácter. No habia cosa mas fácil que descubrir los sentimientos, opiniones y deseos de Ricardo; mas á veces era dificilísimo calcular su duracion, porque las olas del mar que vienen á romperse contra las peñas

de la orilla, no son mas movedizas ni instables, que lo eran las resoluciones y partidos que sus pasiones le dictaban. Pero en la ocasion presente, se notaba en sus modales y palabras, cierto aire misterioso y reservado, cuya significacion no podia entenderse; ni tampoco se sabia si en la conducta que observaba con su nuevo servidor, y en las miradas que de cuando en cuando le dirigia, dominaban el afecto y la confianza, ó el recelo y el disgusto. La prontitud con que el rey habia acudido á cortar los funestos efectos de la herida, parecia el pago justo y debido de la deuda que con él acababa de contraer, debiendo la vida á la ligereza y presencia de espíritu con que detuvo el brazo del asesino: pero al mismo tiempo, se conocia que Ricardo se hallaba en la posicion del que tiene que ajustar con otro, cuentas dudosas y enredadas, y que no sabiendo si resultará deudor ó acreedor, se mantiene inactivo y suspenso, sin reclamar lo debido, ni ofrecer el pago. En cuanto al Nubiano, el baron no sabia como habia adquirido el conocimiento

que parecia poseer en los idiomas Europeos; pero estaba convencido de que no entendia una palabra del ingles, y su conjetura se fundaba en la perfecta indiferencia en que el Nubiano se habia mantenido, durante una conversacion de que él solo habia sido asunto.